

Apuntes para la biografía de un intelectual. Estanislao Zuleta Velázquez 1935-1990

Boris Alexander Caballero Escorcía

Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Estudiante de la Maestría en Enseñanza de la Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en Morelia- México. Fue coordinador del área de publicaciones del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, en Caracas-Venezuela. Entre sus publicaciones destacan *Primera constitución boliviana 1826* (2008), en coautoría *La lucha por la igualdad. Los pardos en la independencia de Venezuela* (2010), y “Participación de los pardos en Cartagena de Indias y Caracas durante el proceso de Independencia (1810-1812)”. Su interés investigativo actualmente se centra en las formas de participación política y en el campo de la historia intelectual y de la educación. Correo electrónico boricaba@gmail.com

Artículo recibido: 17 de septiembre de 2014
Aprobado: 1 diciembre 2014

Apuntes para la biografía de un intelectual. Estanislao Zuleta Velázquez 1935-1990

Resumen

Este trabajo reivindica a Estanislao Zuleta como un intelectual en transición en un contexto cultural cambiante, con un acercamiento a su vida y obra a partir de los puntos que destaca fundamentales. En un primer momento, se ubican los elementos centrales del debate sobre qué es un intelectual y bajo qué premisas debería entenderse su actividad, y se introducen claridades sobre lo que implica el estudio de un personaje inmerso en el campo intelectual colombiano. Luego, se exponen las características de los cambios que sufre el país, durante los años cincuenta, sesenta y setenta, que afectaron los escenarios de desarrollo de la vida intelectual, al dar paso a la conformación de un tipo de intelectual profesionalizado, sometido a jerarquías institucionalizadas y mecanismos de consagración establecidos. Por último, se exponen algunas de las tendencias en el análisis de la vida y obra de Estanislao Zuleta y, a partir de su problematización, se proponen los posibles desarrollos que demandaría la realización de su biografía intelectual, la cual, necesariamente, se debe ubicar en un contexto de cambios, donde él es expresión de la transición.

Palabras clave: Intelectuales, Estanislao Zuleta, Colombia, biografía

Notes for an intellectual biography. Estanislao Zuleta Velázquez 1935-1990

Abstract

This work claimed to Estanislao Zuleta as an intellectual transition in a changing cultural context, with an approach to his life and work from highlighting key points. At first, the central elements of the debate about what is an intellectual are located and under what assumptions should be understood activity, and clarifies what involves the study of a character immersed in the Colombian intellectual field are introduced. The characteristics of the changes experienced by the country during the fifties, sixties and seventies, affecting development scenarios of intellectual life, to make way for the creation of a kind of professionalized intellectual hierarchies were then subjected to expose institutionalized mechanisms established consecration. Finally, we present some trends in the analysis of the life and work of Estanislao Zuleta and from its problematic, potential developments that would demand his intellectual biography proposed, which necessarily must be located in a context of change, where he expresses the transition.

Key words: Intellectuals, Estanislao Zuleta, Colombia, Biography

Apuntes para la biografía de un intelectual. Estanislao Zuleta Velázquez 1935-1990

Si hay alguien que pueda ser caracterizado como un intelectual en Colombia, según la denominación clásica del término, ese es Estanislao Zuleta Velázquez, quien durante toda su vida colocó en el debate público temas fundamentales para la sociedad colombiana, informando de manera innovadora y creadora a su sociedad y cuestionando el estado de cosas por una mejor existencia. Usó su intelecto para vivir, y vivió para las ideas en la búsqueda de la verdad desde una postura humanista y crítica. Su creación fundamentalmente fue oral, aunque tiene varios escritos de suma importancia, sin embargo, lo característico fue su relación directa con una gran audiencia. Formado fuera de los marcos de la académica, como un intelectual autodidacta, vivió el tránsito que impuso en el mundo de la cultura la ampliación del sistema universitario y la institucionalización y reglamentación de la creación y manipulación simbólica en Colombia, manteniéndose, sin

embargo, como parte de los intelectuales destacados, reconocido como tal por una buena parte del campo. Estanislao Zuleta es un intelectual que expresa la transición de una intelectualidad cuyos escenarios de desarrollo intelectual eran el café, la bohemia, la librería, la pequeña revista o periódico, a una intelectualidad universitaria y académica que comienza a restringir su público a sus iguales, que se atiene a sustentaciones públicas, a títulos y grados, a publicaciones estandarizadas y al examen continuo y reglado de sus pares. Él expresa el ideal de intelectual independiente, que se resiste a ser absorbido por un proceso avasallante de institucionalización de su actividad.

Sobre los intelectuales

Años después de su muerte, hay quienes argumentan la crisis de los intelectuales en Colombia y a nivel mundial, dicho parecer cobró mayor fuerza con el deterioro y caída del “socialismo real”. El eclipse de los intelectuales lo sustentan unos al considerar como signo evidente de este fenómeno la falta de compromiso con la realidad política y social, que aparece manifiesto en quienes militan en el mundo de la cultura. Dicha posición se puede resumir en unas palabras que Gonzalo Sánchez daba en el marco del otorgamiento de la Orden Gerardo Molina, cuando ubicaba a los intelectuales colombianos enfrentados a tres grandes crisis que explicaban la cada vez mayor marginalidad de su campo: “La crisis de los grandes *discursos organizadores de la sociedad*”¹, que se corresponde con el deterioro y posterior caída de la propuesta socialista en la URSS, Europa del este y China, así como su crisis en Vietnam y Cuba, y que se manifestó en una incapacidad de los intelectuales para explicar el acontecer global y plantear alternativas; la crisis “derivada de la *disociación de cultura y política*” vinculada con la falta de proyectos colectivos de los intelectuales que, además de impactar sobre su campo, tengan consecuencias sobre la sociedad, al plantear caminos y formas distintas de pensarse y solucionar sus problemas; y la última crisis que identifica, es la que surge de la guerra, que con el terror y la identificación del pensamiento en un bando o en el otro, en la asignación de amigo o enemigo por los bandos enfrentados, lleva a la inmovilidad y a la apatía del intelectual ante

¹ Cursivas en el original

el compromiso que debe tener para con su sociedad de plantear alternativas hacia la paz (Cf. Sánchez 1999, 34-36).

Mientras otros, consideran como una manifestación de la crisis de los intelectuales la pérdida de su autonomía con respecto al establecimiento, por vincularse con el poder representado en el Estado. Esta posición juzga que la crisis de los intelectuales se ha expresado con su pertenencia a un partido o vinculación al mundo de la política. En la línea de Jeremy Benda en *La traición de los intelectuales* (1941), defienden su función como creadores y preservadores de ideas y valores universales y creen que se ve comprometida cuando existe una adscripción militante o se participa en el poder. Ante todo, estiman que los define su independencia con respecto al Estado, pues el estar en un gobierno o partido los desdibuja como intelectuales y hace que se conviertan en políticos o burócratas. El mayor pecado es la renuncia a la autonomía de los intelectuales, en ella radica su especificidad para plantear soluciones comprensivas a los problemas, basadas en valores con pretensiones universales como la justicia, la libertad, la igualdad o equidad y la paz. En el caso colombiano la crítica se dirige a la cooptación de la intelectualidad y la subsunción del campo intelectual a la esfera de la política y el Estado, convirtiéndose, de intelectuales, en expertos y funcionarios que, al serlo, renuncian a su compromiso con el debate público y con el mantenimiento de una conciencia crítica e informada a nivel colectivo. Autores, como Miguel Ángel Urrego, ubican este proceso de cooptación en la década de los ochenta y noventa, con las negociaciones de paz y luego con la constituyente y la Constitución de 1991 (2002), en un marco dominado por el neoliberalismo y la guerra. El intelectual tecnócrata, que sirve a los sectores dominantes, representado en una elite intelectual de economistas, domina la escena, sin embargo, la actividad intelectual se mantiene refugiada en universidades y desde allí claman “la necesidad de que el intelectual regrese a sus funciones básicas: la crítica, la independencia y el proyecto de utopía; máxime cuando el neoliberalismo amenaza con destruir la nación” (Urrego 2002, 232).

Estas consideraciones se centran en la relación de los intelectuales con la política, con el poder, pero cuando vemos la vida de un intelectual como Zuleta, a pesar de que en los años ochenta también participó en el proceso de paz impulsado por Belisario Betancour y luego en instancias de la política que al respecto siguió el gobierno de Virgilio Barco, no puede ser reducible su periplo vital como intelectual en el debate público de las ideas, a su

postura o relación con el Estado y el poder, para llegar a la conclusión final de que fue cooptado o, por el contrario, es un ejemplo de la separación entre cultura y política. Lo importante sería indagar sobre la riqueza de las relaciones que como intelectual lo conformaron y cómo logró posicionarse en un campo que se institucionalizaba y reglaba, él, un intelectual que faltaba a los cánones que se imponían en el mundo universitario y académico. En tal sentido hay que comenzar por tomar un concepto de intelectual que enfatice y de cuenta de su especificidad y la autonomía de su función con respecto a otras esferas de la práctica social.

Empezar por entender como intelectuales a quienes viven para las ideas, y no sólo de las ideas, y existen como tales gracias a su capacidad para “sacar de la experiencia inmediata un móvil que va más allá de las tareas pragmáticas del momento, un compromiso con los valores comprensivos que trascienden las implicaciones profesionales o de ocupación” (Coser 1980, 10), es comenzar a delimitar los intereses propios de este campo. Es decir, un intelectual lo caracteriza su compromiso y preocupación con “los valores básicos de la sociedad”. La especificidad del papel de los intelectuales radica en la posibilidad, asignada socialmente, de la manipulación simbólica en una sociedad; su desenvolvimiento se desarrolla fundamentalmente en el mundo de las ideas, del conocimiento y en el plano de la retórica. El estar cerca de una especialidad no es lo que define a un intelectual. Un intelectual lo es, no por ser físico, matemático, médico o psicólogo, sino que lo es, en tanto que participa en el mantenimiento o subversión de normas morales, y en la preservación o transformación de “símbolos generales significativos” en una sociedad. Con esta perspectiva se podría coincidir con la concepción de intelectual que está detrás de los planteamientos que hablan de su crisis, sin embargo, al hacer énfasis en su carácter como manipulador de símbolos, creador e innovador, que participa constantemente en el debate público, que se debe a un público de iguales o educado e informado, y que su función es mantener una opinión pública informada, sus relaciones con el poder y la política entran a hacer parte de su vida como intelectuales, mas no es lo único que los define o determina su papel o posición según las circunstancias sociales o históricas. Roderic A. Camp, en su libro sobre los intelectuales en México ofrece una definición lo suficientemente limitada y a la vez amplia, pues agranda su campo interno y relacional: “Un intelectual es un individuo que crea, evalúa, analiza o presenta símbolos,

valores, ideas e interpretaciones trascendentales a un auditorio amplio de manera regular” (1988, 61). Es decir, el intelectual es alguien creador e innovador al plantear perspectivas nuevas, no es un simple reproductor de ideas, no se restringe a una disciplina, sino que se mueve en varias disciplinas con competencia y habilidad; el intelectual lo define su público, quien garantiza que será conocido por otras élites e intelectuales y “por los bien educados”.

Los intelectuales son productores, orientadores y constructores de tendencias o disposiciones que ubican y sustentan argumentativamente a grupos sociales. Así como son reproductores de consensos y concertaciones sociales a través de lo simbólico, también es característica su inconformidad, independiente de su adscripción política o ideológica, ante el orden de cosas en el que viven. En este sentido resultan extraños y extranjeros al orden social. Participan en el mundo simbólico, de las ideas, pero desde una posición particular, no desde su oficio u ocupación, sino desde la opinión, la crítica, sobre valores y significados sociales como base: “los intelectuales sienten la necesidad de ir más allá de la tarea concreta e inmediata y de penetrar en un reino más general de significados y valores” (Coser 1980, 12). Sin embargo, hay ocupaciones que entrañan contenidos disciplinares que desde su mismo carácter y la elaboración de su actividad implican parcial o total la labor intelectual, pues su mundo específico de acción es lo simbólico, el mundo de los significados, y la realidad social donde estos se desenvuelven; me refiero a las artes, la literatura, las humanidades en general y la ciencias sociales.

La actividad intelectual está inscrita en el mundo de lo social y por tanto en la historia. El contexto condiciona la labor del intelectual, define su autonomía o su independencia, los énfasis y la dirección de su obra y su existencia. Histórica y socialmente podemos hablar de grados y niveles de autonomía del mundo intelectual. La misma palabra, se refiere a una construcción moderna en el contexto burgués, donde surge como grupo social diferenciable, condicionado por transformaciones estructurales: urbanización de la sociedad, ampliación y surgimiento de nuevas clases medias, incremento de la alfabetización, extensión del mercado de bienes culturales, entre otros cambios. A través de la historia son identificables individuos y grupos que se les puede asignar una disposición intelectual, pero nunca en la magnitud, nivel de diferenciación, articulación y jerarquización, de la sociedad moderna.

La comprensión del intelectual desde el campo de la cultura obliga a estudiar la historicidad de su función, de acuerdo a las lógicas internas del mundo de la cultura en determinado momento, por supuesto, condicionado o relacionado con los cambios en el mundo de la política, del poder, y en el campo social de la producción, circulación y consumo tanto de bienes materiales, servicios, como de símbolos e ideas. Es decir, es necesario estudiar a los intelectuales definiéndolos desde sus espacios de producción: dónde y cómo se forman; sus escenarios de desarrollo: dónde y cómo realizan su actividad, qué producen, bajo qué influencias y a quiénes va dirigido su trabajo; en síntesis, indagar sobre quiénes hacen su público y cómo interactúan con él, cuáles son las jerarquías establecidas y los canales de consagración y de prestigio aceptados.

Debe quedar entendido, entonces, que un intelectual no es definido sólo por los cambios en la relación entre el mundo de la cultura y la política, sino también por los cambios que suceden en su mismo campo, el cual se comporta como un sistema, cuya configuración establece mediaciones y condiciona sus relaciones con otros campos de la vida social. En este sentido, el concepto de *campo* establecido por Pierre Bourdieu, resulta de mucha utilidad al entender lo social como la interrelación, interdependencia y mutua determinación de múltiples campos que se articulan en una unidad, que configurada por la historia, conforma lo social. El concepto de campo, entendido en el marco de la metáfora de campo de fuerza o campo magnético: la convivencia en lucha y conflicto entre distintas fuerzas que con sus tensiones, atracciones y repulsiones configuran una lógica interna que caracteriza y diferencia a un campo de otros, pero que a la vez prefiguran sus relaciones con otros campos, es decir las determinaciones de estos sobre él, y las determinaciones de él sobre ellos (Cf. Bourdieu 1984, 135-141), ayuda enormemente, al establecer una disposición comprensiva relacional, a entender más íntegramente lo intelectual. Es decir, el concepto de *campo* resulta de gran utilidad por su fuerza para comprender las relaciones de poder basadas en los diferenciales de capital y en las distintas posiciones de los agentes en un sistema de interdependencias, cambiantes históricamente y en relación con las transformaciones en los otros campos de acuerdo a la situación relativa de subordinación o determinación que ocupe (Cf. García 2001). De esta manera, no sólo el intelectual ocupa una posición relativa al interior de su campo, el *campo intelectual*, sino que, a su vez, éste ocupa una posición relativa con respecto a otros campos, entre ellos el de poder (Cf.

Bourdieu 1999, 25-28). Además, y este es el aspecto que más interesa para la continuación del sentido de estas líneas, el campo intelectual es relativamente autónomo con relación al campo de poder y a los demás campos, como por ejemplo el científico, y esta autonomía permite su estudio desde la especificidad de sus relaciones internas para entender su evolución y cambios, sin perder de vista las afectaciones de otros campos, y posibilita entender la relación de un intelectual o un grupo de intelectuales con lo concerniente a la política o al funcionariado estatal, como mediada por las características del campo de dónde procede, es decir, no como una determinación directa. Bourdieu aclara la importancia metodológica y epistemológica de considerar el campo intelectual de manera autónoma, aún antes de entender sus interrelaciones con los otros campos o entendiéndolas en el juego de sus propias relaciones:

Recordar que el campo intelectual como sistema autónomo o que pretende la autonomía es el producto de un proceso histórico de autonomización y de diferenciación interna, es legitimar la autonomización metodológica que permite la investigación de la lógica específica de las relaciones que se establecen en el seno de este sistema y lo integran como tal; equivale también a disipar las ilusiones nacidas de la familiaridad, al poner al descubierto que, como producto de una historia, este sistema no puede dissociarse de las condiciones históricas y sociales de su integración y condenar por ello toda tentativa de considerar las proposiciones que se desprenden del estudio sincrónico de un estado del campo como verdades esenciales, transhistóricas y transculturales (Bourdieu 2002, 17)

Esta autonomía nos remite a considerar los espacios de configuración de los intelectuales, cómo se forman, dónde se producen, cuáles son los escenarios de la vida intelectual, las formas y mecanismos de circulación de las ideas, los debates en los que participan, así como, el público que los acoge o rechaza, todo el espacio de desarrollo y expresión de los intelectuales estudiado desde una perspectiva histórica, sujeto a transformaciones y sólo explicable en un proceso de cambios. En el caso de la intelectualidad colombiana, en la segunda mitad del siglo XX, es claro el papel fundamental que jugó en la conformación del campo intelectual la ampliación de la oferta del sistema de educación superior, especialmente el universitario, y la ampliación de la burocracia estatal con la creación de dependencias y ministerios que requirieron del empleo de expertos y estudiosos de temas sociales.

Las transformaciones del campo intelectual en Colombia.

Una intelectualidad en transición

Durante el periodo del Frente Nacional, el Estado colombiano se modernizó con un funcionariado cada vez más profesionalizado y numeroso, con una mayor diversificación y especialización en sus funciones, a través de la creación de nuevos departamentos administrativos, además de dependencias de control, presupuestarias y electorales, así como organismos autónomos y paraestatales que apoyaban y extendían funciones del Estado. Todo este proceso implicó un aumento extraordinario de la burocracia estatal: de un funcionariado que no alcanzaba los ciento treinta mil empleados públicos en 1957, se pasó a alrededor de quinientos mil en 1972, y a cerca de un millón en 1987 (Leal 1995, 404). En este escenario, la fuente de la nueva burocracia no era capaz de ser suministrada por el bipartidismo tradicional y sus aparatos, se requería de instituciones modernas como las universidades, en proceso de ampliación, profesionalización y especialización, para suministrar los elementos y empleados que demandaba un Estado francamente en proceso de modernización y ampliación capitalista. Las universidades proliferaron, aumentaron sus ofertas en carreras y algunas expandieron sus campus. Entre 1940 y 1975 se fundaron cincuenta y tres nuevas universidades –antes sólo existían diecinueve–, de las cuales alrededor de treinta fueron fundadas entre 1960 y 1975 (Parra 1978, 3), y se crearon, desde finales de la década del cincuenta y durante la década del sesenta, campus universitarios tipo ciudadela con grandes facultades y zonas verdes, como es el caso de la Universidad del Valle (creada en 1945), Universidad Industrial de Santander (creada en 1948) y la Universidad de Antioquia. La proliferación de facultades y carreras llenaba las nuevas edificaciones que se destinaban o construían para acoger a los estudiantes universitarios que cada vez más se hacían visibles como un actor fundamental en las ciudades, por su número como por su dinamismo cultural y político. En 1954 la población estudiantil universitaria a nivel nacional ascendía a doce mil estudiantes, un tercio de ellos concentrados en la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá, con la mayoría de la matrícula y la oferta concentrada aún en Medicina, Odontología y Derecho, con profesores escasos, de baja cualificación y estabilidad. En 1958 la población estudiantil universitaria había pasado a veinte mil estudiantes, para ubicarse con un incremento acelerado de la matrícula en cerca de ciento cuarenta y ocho mil estudiantes para el año de 1974, y aún más impresionante en

1981 cuando alcanzó la cifra de trescientos dieciocho mil doscientos noventa y tres estudiantes (DNP 1999). Este incremento extraordinario de la infraestructura y la matrícula en educación superior, especialmente universitaria, va ir acompañado de una mayor especialización del profesorado y mejores condiciones institucionales para su profesionalización, apoyo de becas para la realización de estudios en el exterior², impulso de publicaciones seriadas y científicas, instauración de canales reglados de consagración intelectual y académica, así como, instituciones e institutos dedicados a la investigación; todo impulsado por una mayor interrelación de las universidades con la producción académica norteamericana y europea. Se va conformando un profesorado universitario reconocido desde su trabajo y labor dentro de las universidades, y desde ellas para el resto de la sociedad. Las carreras en este proceso claramente se diversifican y modernizan, ya las tradicionales: medicina, odontología y derecho, no ocupan el primer lugar en la oferta de educación superior; la evidencia del rápido cambio en la orientación de la oferta de programas saltan a la vista en un lapso menor a un cuarto de siglo. En 1950 de cincuenta facultades existentes en el país sólo tres eran del área de educación y ciencias sociales y veintidós de ingenierías, mientras el resto pertenecían la mayoría al área de la salud y derecho, en 1960 se registra un incremento significativo de las facultades, existen ciento dieciséis, la mayoría en áreas modernas: siete facultades de economía, cuando diez años antes no había ninguna, y, descollando, veintisiete facultades de educación y ciencias sociales y treinta y nueve ingenierías, la gran mayoría distintas a la ingeniería civil. En 1974, con un incremento acelerado y sostenido se registran ciento veintinueve facultades de educación y ciencias sociales, que con cincuenta y ocho de economía, conforman el 55% de la oferta de facultades, seguido por un 27% de la oferta en las ingenierías (Cf. Parra 1978, 5). La modernización de la economía con una clara industrialización bajo el modelo de sustitución de importaciones, ampliación de las comunicaciones e infraestructura, e

² El 3 de agosto de 1950, durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez se creó en Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios Técnicos en el Exterior, ICETEX, que fue marcando una política institucional de cualificación de los profesionales universitarios de acuerdo a los cambios a nivel internacional apoyándolos en sus oportunidades de especialización y posgrados en el exterior. En 1964 se crea el Fondo Universitario Nacional, FUN, como una forma de gestionar fuentes de financiamiento y recursos para la educación superior que se destinaran según las políticas gubernamentales y de Estado; en 1968 el FUN se transforma en el Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior, ICFES, que se encargaría de coordinar y fomentar la educación superior, además de otorgar el reconocimiento de instituciones oficiales y privadas dedicadas a la enseñanza superior. En 1969 se crea el Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas y Proyectos Especiales “Francisco José de Caldas”, COLCIENCIAS, para fomentar la investigación universitaria y apoyar a los profesores en sus campos de estudio para la investigación y la creación de conocimiento.

incremento del sector servicios, va ir acompañada del crecimiento de un Estado cada vez más moderno que busca dirigir la economía y la sociedad hacia la conformación, aunque dependiente, de un modelo de desarrollo capitalista, cuyo proceso toma un mayor impulso, claramente sin interrupciones, en la década de los cincuenta, promovido con el apoyo de la banca internacional y de los Estados Unidos³.

Se desarrollan entonces las condiciones económicas y sociales para el incremento de la demanda por carreras, cuyos programas consiguieran formar profesionales con una vinculación directa con el desarrollo en infraestructura e industria, así como, con la administración del Estado y el manejo de la economía, y por supuesto, por carreras que permitieran formar educadores, ante la necesaria expansión del sistema educativo, y generadores de consensos que plantearan políticas y alternativas, además de explicaciones, a los problemas sociales y económicos que acompañaban a las transformaciones que estaba viviendo el país; verdaderos nichos para la formación de intelectuales profesionalizados en su labor. Se amplían y profundizan, profesionalizadas, ocupaciones disciplinares que desde el mismo carácter de su actividad implican la labor intelectual, pues su mundo específico de actividad es lo simbólico, el mundo de los significados, y la realidad social donde estos se desenvuelven: las artes, la literatura, las humanidades en general y las ciencias sociales⁴.

El proceso modernizador se manifiesta, entonces, en la extensión de la educación superior de una manera acelerada, con fuerte apoyo del crédito externo bajo la dirección de programas norteamericanos de desarrollo para la educación superior⁵, abarcando en poco tiempo a un número apreciable de la población. Dicho proceso fue acompañado de una

³ El Estado aumenta significativamente su presupuesto y con ello su poder, proceso que va unido al declive de la dominación patronal-clientelista que ejercía el bipartidismo cuyos momentos de mayor shock se viven desde la Violencia y la dictadura conservadora desatada desde finales de la década de los cuarenta. Un clientelismo institucionalizado en el Estado, que se convierte en un gran empleador, en una sociedad cada vez más urbanizada, reemplaza a la dominación bipartidista tradicional y facilita la circulación de nuevas ideas de movilidad social y participación política (Cf. Leal 1989, 151-180).

⁴ Se pueden citar algunos ejemplos que ilustran sobre este proceso de institucionalización y reglamentación en la formación y producción alrededor de las Ciencias Sociales: en 1959 se crea el Departamento de Sociología en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional y en 1961 se conforma independiente la Facultad de Sociología (Cf. Segura 1999, 27), en 1964 la carrera de Historia surge independiente de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional (Melo 1999, 13), en 1941 se funda el Instituto Etnológico Nacional que se replicará a nivel regional en la década, con una limitación de sus actividades durante la dictadura conservadora y la militar, y resurgiendo la etnografía y la antropología en la década de los sesenta con la fundación de departamentos de Antropología en la Universidad Nacional y en la Universidad de los Andes (Cf. Piñeres 1999, 29-35).

⁵ Entre 1960 y 1967, Colombia recibió 48,050 millones de dólares destinados al fomento de la educación, cuyas fuentes financieras fueron el BID, AID, y las fundaciones Ford, Kellog y Rockefeller; el 58% de estos recursos fueron invertidos en las universidades, la mayoría en la construcción de infraestructura y en la creación y desarrollo de nuevas carreras. Los principales destinatarios fueron la Universidad Nacional, la Universidad de Antioquia, la Universidad del Valle y la Universidad de los Andes, esta última de carácter privado (Cf. Helg 1989, 138; Cataño 1980).

disminución significativa de las tasas de analfabetismo en la población adulta que pasaron de alrededor de un 40% en 1950 a un 22% en la década de los setenta, y de un incremento de la tasa de escolaridad en las ciudades de la población adulta, que en 1954 se ubicaba en alrededor de 4 años, para pasar a 6,3 en 1976 y a 7 años en 1985⁶. La disminución del analfabetismo y aumento de los años de escolaridad de la población en general, se explica por la fuerte inversión del Estado y de la sociedad en la educación básica y media, que se manifestaría en un incremento en la cobertura de la educación básica primaria, secundaria y media como nunca antes se había visto en la historia del país: de un total de 885 805 en 1950 se pasó a 5 642 050 estudiantes matriculados en 1976 (DNP 1999), que se mantuvo en esa magnitud durante la década de los ochenta. Este proceso requirió de un mayor número de maestros y una mayor cualificación de los mismos, para lo cual universidades, facultades de educación y escuelas normales se dispusieron a formarlos con contenidos y pedagogía. Mientras en 1950 había alrededor de 35 000 maestros, 71% en la educación primaria y el restante en secundaria, en 1980 dicho número se había multiplicado más de seis veces con alrededor de 230 000 maestros, con un 35% de docentes de secundaria y media (Ramírez 2006, 47-54). Esta ampliación del sistema educativo en la segunda mitad del siglo XX, buscaba también compensar el retraso que en esta materia tenía el país, que durante los regímenes conservadores había mantenido la educación rezagada bajo control de la Iglesia Católica, institución dominada por una concepción absolutamente de clase, elitista y moralizadora, antes que por la necesidad de formar ciudadanos y profesionales para el desarrollo económico y social que requería el país. Desde la década de los treinta, durante la República Liberal, especialmente en los años de la Revolución en Marcha, se registraron cambios significativos que buscaban modernizar el sistema educativo y acabar con la hegemonía de la Iglesia. En materia legislativa y con la creación de algunas instituciones, caso de la Escuela Normal Superior, se buscó incidir en la formación de maestros con conocimientos y métodos modernos de investigación y enseñanza, y en el incentivo de la incorporación de las mayorías al proceso educativo, no obstante, con la llegada de los regímenes conservadores durante los gobiernos de Mariano Ospina Pérez y, más radicalmente, Laureano Gómez dichos cambios fueron detenidos o desmontados, y en el mejor de los casos reorientados.

⁶ Fuente Estadísticas Históricas Dirección Nacional de Planeación, DNP, Capítulo 7 Población e indicadores sociales; online: <https://www.dnp.gov.co/EstudiosEconomicos/EstadísticasHistoricasdeColombia.aspx>

No obstante, como vemos, los procesos de modernización que llevaban a Colombia por la senda sin retorno del desarrollo capitalista generaron tendencias irreversibles sobre la sociedad y el Estado que obligaban a una ampliación de la educación, con mayor inversión e inclusión de las clases medias, ante la necesidad de profesionales y burócratas que llevaran adelante la administración y dirección que se requerían y, a su vez, mayor número de maestros cualificados y debidamente reglamentada su labor para continuar reproduciendo el proceso educativo a un mayor número de estudiantes. Si bien el alcance de esta ampliación e inclusión educativa no rompió el carácter excluyente y de desigualdad de la configuración social y política colombiana, sí actuó como un factor de movilidad social y generador de expectativas de ascenso de una clase media y de algunos estratos de los sectores populares que veían en la educación una posibilidad clara de alcance de reconocimiento y mejores ingresos. Gracias al incremento de la educación secundaria y media, y superior tanto universitaria como técnica, se generó un sector de la población informado, que se convirtió en un actor político y cultural de importancia, y que participó en partidos y proyectos de izquierda y conformó un público lector fundamental para el desarrollo del mundo cultural e intelectual del país, al constituirse en factor importante para el reconocimiento de los intelectuales cuya vida pública tenía lugar en la segunda mitad del siglo XX.

Este nuevo público en gran parte estaba conformado por esas masas que desde la década de los cincuenta se volcaban de manera masiva a las grandes ciudades como Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla⁷, en busca de mejores oportunidades de vida y desarrollo, y que a través de la educación encontrarían un vehículo que revolucionaría de manera creciente sus expectativas⁸ sobre el futuro y los haría considerar aún más restrictivo

⁷ La migración del campo a las ciudades generó buena parte del crecimiento urbano acelerado en Colombia durante la década de los sesenta y setenta de manera más marcada, concentrándose la mayoría de la población en las cuatro ciudades principales como un crecimiento urbano cuatricéfalo, crecimiento que desde los ochenta se concentraría fundamentalmente en la gran capital Bogotá. En 1938 con una población cercana a los nueve millones de habitantes tan sólo un 31% habita en lugares urbanos, en 1951 esta proporción aumenta a un 39% y hasta 1964 el incremento de la población urbana fue cuatro veces mayor a la rural, ocupando el 52% de una población cercana a los dieciocho millones, en 1985 la población del país se acerca a los treinta y un millones de habitantes, de los cuales el 66% viven en ciudades, la mayoría en Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla. Del mismo modo, paralelo a los procesos de urbanización y desarrollo capitalista de la economía, se genera un incremento acelerado del sector terciario de la economía impulsado en gran medida por el sector servicios, abanderado por la ampliación y crecimiento del Estado que incrementa el porcentaje de población empleada en el mismo: en 1951 la agricultura ocupaba el 54% del empleo, en 1993 llega a menos del 30%, los servicios, los transportes y el comercio en el mismo periodo pasan a ocupar del 25% del empleo al 51% (Cf. Murad 2003, 18-19).

⁸ El concepto de la revolución de las expectativas crecientes viene de la sociología y ha sido ampliamente utilizado por la economía desde una perspectiva distinta fundada en agentes racionales, la acepción en la que nos inspiramos aquí es de

el sistema político y la sociedad que sentían estar dejando atrás. Las expectativas a estas generaciones jóvenes que ingresaban a las universidades se les abrían ante el panorama cultural que se les presentaba en ciudades como Bogotá, Cali o Medellín: universidades, librerías y cafés se les ofrecían bajo un rico ambiente cultural, en una explosión de oferta que buscaba satisfacer la nueva demanda. Un nuevo público lector y una audiencia se configuró en la década de los sesenta y setenta, conformado por estudiantes de educación media y universitarios, abogados, ingenieros, médicos, historiadores, sociólogos, economistas, maestros de escuelas y colegios, así como, obreros y sindicalistas que eran arrastrados por el interés intelectual que despertaba una sociedad movilizadora alrededor de reivindicaciones sociales y económicas. Este amplio público resultaba receptivo a una producción intelectual que les planteara una explicación crítica a la situación que vivía la sociedad colombiana en ese entonces, con un bipartidismo asegurado por el Frente Nacional y que limitaba otras posibilidades de expresión política que aglutinaran las nuevas demandas de un país que cambiaba de manera acelerada. En este contexto se va a sobrevalorar el conocimiento social y las posibilidades que este ofrece para explicar el estado de cosas presente y plantear alternativas para el futuro; la economía y la historia van a ocupar un lugar central, atravesando todas las explicaciones sobre la realidad colombiana. La sociología, la economía y la historia van a ser disciplinas fundamentales para la nueva producción simbólica que demandaba un público ávido de explicaciones y planteamiento de alternativas al presente para el futuro. El ímpetu de transformaciones vividas por la sociedad colombiana fácilmente daba para pensar, a estas jóvenes generaciones, que rápidamente se podía llevar un proceso dirigido de profundos cambios, que de una vez por todas solucionara los problemas de la sociedad colombiana con una gran revolución; era el sentimiento detrás del apoyo de un buen sector de ese nuevo público a la producción editorial de izquierda y a las opiniones e ideas que apuntaban a la posibilidad de agudas transformaciones. De este modo, la producción bibliográfica de izquierda va a tener un público en aumento hasta finales de la década de los ochenta, expresando la renovación cultural que vive la sociedad urbana en Colombia.

tipo socio-histórico y se refiere al fenómeno común en América Latina en la década de los sesenta y setenta que como fenómeno social se manifiesta con “La demanda de mayores bienes y servicios por parte de una población hasta hace poco „desinteresada” en ellos; la presión de esa población por participar más activamente tanto en las decisiones programáticas relativas a las inversiones en los campos económicos y sociales, como en las decisiones políticas; esas presiones son inquestionablemente otras tantas manifestaciones de un cambio radical en ciertos valores y actitudes „tradicionales” sustentados por esas poblaciones” (Silva 1968, 233).

El tránsito rápido hacia las ciudades de una población cuyos nexos hasta hace poco eran con el escenario de lo rural, el acceso de una cantidad mayor de población a niveles superiores de educación, cuando hasta hace dos décadas su acceso estaba restringido a las clases adineradas o con posición, generó el escenario para un mayor acceso al conocimiento científico técnico y una disposición más extendida a la identificación de regularidades sociales. De este modo, el acceso a las ventajas y comodidades de la tecnología y la producción industrial propias del proceso de modernización y desarrollo capitalista, y a una mayor información y conocimiento, generó, también en la gente, un nivel creciente de expectativas basadas en una sensación de control sobre su realidad y sobre su futuro⁹. Las clases medias crecían con el incremento y ampliación paralelo de un sistema educativo que les permitía un mayor acceso formal a la cultura moderna, al desarrollo científico técnico del mundo capitalista; es decir, en la medida que las clases medias en mayor número se establecen en lo urbano, estas ven mayores posibilidades de concreción de las expectativas ofrecidas, y sienten que tienen una mayor capacidad de elegir sobre la construcción de su futuro, pero, al encontrarse con un sistema político restrictivo que no expresa sus esperanzas de transformación, se constituyen en un grupo social generador de tensiones y, a la vez, de afinidades electivas ante perspectivas que planteen la búsqueda de salidas a su situación de descontento (Cf. Erasmus 1961, 32).

El campo intelectual surge en este proceso, y tanto su público como los intelectuales son expresión de los cambios que en el campo de la cultura se suceden debido a su articulación con las necesidades planteadas en otros órdenes como el económico y el político; los intelectuales en este contexto sugieren caminos y salidas que satisfagan los imperativos del momento y planteen mundos posibles, cuales están relacionados con las expectativas de transformación y las demandas por mayores bienes y servicios, por una mayor participación en las decisiones y por un sistema más abierto y con mayores oportunidades. Son la expresión orgánica, en el sentido gramsciano (Cf. Gramsci 1967, 21-43), de una clase media que se considera en ascenso y reclama mayor poder y determinación sobre su futuro. Los intelectuales colombianos, y entre ellos Estanislao Zuleta, viven la transformación de una sociedad que se urbaniza aceleradamente, con un

⁹ Resulta ilustrador sobre este fenómeno el trabajo de Charles Erasmus (1961), que si bien ya tiene sus años de haber sido publicado, aún hoy es uno de los pocos que intenta explicar fenómenos de la psicología colectiva a partir de cambios sociales e históricos, donde ilustra sobre la relación entre procesos de urbanización, crecimiento de una clase media con el crecimiento científico-técnico y la revolución de las expectativas (especialmente 22-32).

público cuya creación, fundamentalmente, se debe a la rápida ampliación del sistema educativo y que en las década de los sesenta y setenta es nuevo en un escenario cultural e intelectual con pocas tradiciones acendradas, donde la institución universitaria cada vez tiene más peso para copar los espacios intelectuales y de creación. Es un público que, junto con la institucionalidad educativa y universitaria, genera el ocaso del intelectual de la primera mitad del siglo XX, con una audiencia restringida a sus iguales, refugiado en la actividad periodística, absorbido por la burocracia política adscrita al bipartidismo, cuya actividad creativa se circunscribe a la elaboración ensayística o literaria, y cuyos intelectuales manifiestamente disidentes o en rebeldía se desenvuelven en espacios de creación y socialización alternativa como el café, la librería, las tertulias literarias y filosóficas, con una participación activa en la creación de pequeñas revistas literarias o de opinión. Otro tipo de intelectualidad entra en escena con un nuevo público en la segunda mitad del siglo XX, que reemplaza al intelectual bohemio, literato, poeta de café, por la progresiva hegemonía del intelectual que tiene como centro de formación la universidad, y sus fuentes cognitivas son las disciplinas de las ciencias sociales modernas. En la década de los sesenta y setenta sobreviven los café, las pequeñas publicaciones vinculadas en ese periodo con propaganda revolucionaria y política, y las librerías, como espacios de encuentro y sociabilidad intelectual, pero cada vez la universidad ocupa mayor centralidad; las asambleas de estudiantes y profesores, los auditorios de conferencias, las reuniones de profesores, los seminarios, las publicaciones de revistas especializadas universitarias, se instauran como los escenarios de desarrollo intelectual privilegiados. De un intelectual bohemio, literato, se transita a una intelectualidad académica, más especializada y profesionalizada. Este tránsito lo expresa Estanislao Zuleta en su actividad intelectual, formado como tal en los grupos de lectura y estudio, con los escenarios privilegiados del café, la librería y las tertulias, se desenvuelve en un campo donde cada vez más el intelectual académico y universitario se impone hegemónico, teniendo que vincularse a este nuevo escenario de donde surgirá su público, pero a la vez su reconocimiento será conflictivo al no cumplir con una educación formal y con todos los requisitos de prestigio y reconocimiento propios del escenario académico y universitario.

Este proceso que vive Zuleta, que en gran medida él expresa, y la intelectualidad colombiana entre los años sesenta y ochenta, se asemeja al que describe Russell Jacoby

para el caso norteamericano. Jacoby considera más acorde con el concepto clásico de intelectual a los que él llama, coincidiendo con Lewis Coser, “*independent intellectuals*” (1987, 6), cuyo carácter contrapuesto al del intelectual académico o universitario lo define, en el caso norteamericano, un público y una comunidad amplia que incluye lectores cultos y educados en general, simpatizantes e interesados, y no está restringida al público universitario de estudiantes y profesores. Este es el tipo de intelectual, el intelectual público, que entra en crisis con la expansión del sistema universitario, el desarrollo industrial y la urbanización que ha devastado su medio caracterizado por la amplitud de su auditorio, la bohemia, las pequeñas revistas y periódicos, el café, la imprenta y las librerías. Su progresivo reemplazo desde la segunda mitad del siglo XX por el intelectual académico que restringe su público a sus iguales en un lenguaje especializado con jerarquías institucionalmente establecidas por el sistema universitario, ha hecho que el intelectual público esté cada vez más restringido y limitado a espacios con una audiencia menos amplia. Este proceso tal como señala Jacoby ha empobrecido la cultura pública y ha repercutido negativamente en una opinión consciente e informada¹⁰.

Los intelectuales independientes, para Lewis Coser, fueron la mayoría en Estados Unidos hasta la década de los cincuenta y sesenta, cuando transformaciones de tipo estructural e ideológico en la sociedad norteamericana modificaron las condiciones y el medio, institucionalizando aún más la actividad intelectual y cooptándola para las universidades y con la generación de diversidad de ocupaciones remuneradas concernientes a la “manipulación simbólica”, tanto en el sector privado como en el público. Los intelectuales independientes no sólo defendían su especificidad como tales al asumirse y promocionarse como libres de las ataduras y presiones institucionales, sino con relación al resto de la sociedad, refugiados en la vida bohemia, en los cafés, producción de revistas y

¹⁰ Russell Jacoby expresa de manera sintética el cambio en el tipo de intelectual y su público desde la década de los cincuenta y sesenta en Estados Unidos y Canadá: “Raised in city street and cafés before the age of massive universities, last generation intellectuals wrote for the educated reader. They have been supplanted by high-tech intellectuals, consultants and professors --anonymous souls, who may be competent, and more than competent, but who do not enrich public life. Younger intellectuals, whose lives have unfolded almost entirely on campuses, direct themselves to professional colleagues but are inaccessible and unknown to others. This is the danger and the threat” (p. x). Y más adelante da una de las razones del cambio de intelectuales coincidente con el cambio de los intereses del campo intelectual y la reconfiguración de su público: “To put it sharply: the habitat, manners, and idiom of intellectuals have been transformed within the past fifty years. Younger intellectuals no longer need or want a larger public; they are almost exclusively professors. Campuses are their home; colleagues their audience; monographs and specialized journals their media. Unlike past intellectuals they situate themselves within fields and disciplines –for good reason. Their jobs, advancement, and salaries depend on the evaluation of specialists, and this dependence affects the issues broached and the language employed” (1987, 6).

periódicos, se diferenciaban del resto del mundo en sus maneras y códigos, pero a su vez buscaban un público que admirara sus obras o siguiera sus ideales. Estos intelectuales conformaban las vanguardias, *avant garde*, o los llamados intelectuales radicales. Este tipo de intelectual ubicado fundamentalmente en el mundo de la literatura, la pintura, la filosofía y la crítica política, con el crecimiento de las industrias de manipulación simbólica, con medios de comunicación masiva como la radio y la televisión, el establecimiento de la industria editorial y de las grandes revistas en la segunda mitad del siglo XX, a partir de la década de los cincuenta, así como, con el crecimiento de las universidades y la creación de institutos de investigación en literatura y ciencias sociales, va quedar absorbido por la dinámica académica u operando en un espacio marginal de la cultura; el intelectual independiente entra a ser reemplazado por el intelectual académico.

Este proceso influyó positivamente en el desarrollo de una intelectualidad más diversificada y más autónoma en América Latina, y en el caso colombiano se manifestó en una intelectualidad que encontró en la izquierda una manera de mantenerse por fuera del bipartidismo, cuestionándolo y proponiendo una sociedad distinta. Pero también, al concentrar a los intelectuales en nichos con sus inevitables jerarquías académicas institucionalizadas, como la universidad, contribuyó a su profesionalización y con ello una cierta pérdida de su carácter público como intelectuales.

De la década de los treinta hasta los setenta, se puede hablar de un periodo de tránsito de la intelectualidad en Colombia. Los nichos de la intelectualidad a la vez que crecen en número son cada vez más circunscritos, establecidos, estandarizados y jerarquizados. Se reduce el rango de acción del intelectual de café, literato, bohemio, que es capaz además de ser político, funcionario del Estado, adscrito a las tradiciones y aparato del bipartidismo muchas veces, y los elementos de consagración intelectual se hacen más reglamentados y circunscritos a la academia. Es el paso, como lo caracteriza Coser y Jacoby, del “intelectual independiente”, que se desenvuelve en el café y la bohemia y cuyo campo de difusión es la revista de iniciativa individual y grupal, al intelectual académico cuyo espacio propio es el universitario, el de la academia, con reglas formalizadas de ascenso y de consagración intelectual, cuyos escenarios para la difusión de sus ideas se encuentran concentrados y con relativa independencia de su iniciativa individual o grupal. Sin embargo, en el caso de Colombia y de América Latina, el público de los intelectuales surge en masa, se hace

presente y visible en la segunda mitad del siglo XX demandando ideas y explicaciones sobre su presente y futuro, marcadas por la urbanización acelerada y la masificación de la educación básica y universitaria como nunca antes se había visto. En nuestro contexto el proceso de creación de un público amplio coincide con el desarrollo de un espacio como el universitario, lo que le da un sentido distinto al norteamericano y en los sesenta y setenta, obligará al intelectual académico a moverse en dos terrenos que a veces se solapan, en convertirse en un intelectual público y a la vez ser un intelectual académico. Es un intelectual que no deja de frecuentar el café, los grupos de estudio y de lectura, en desplegar su actividad en las pequeñas revistas, mientras desarrolla su formación y buena parte de su trabajo en el escenario de la universidad y va asumiendo sus reglas y jerarquías. En este escenario de transición hay intelectuales que expresan este carácter.

Zuleta, por ejemplo, sobrevivirá con las características de un intelectual independiente pero necesariamente vinculado a la intelectualidad académica y a la universidad, en un contexto donde inevitablemente debe desenvolverse para adelantar su actividad intelectual; allí están los espacios hegemónicos de la elaboración, formación y difusión intelectual, allí está el público, auditorio, escucha y lector, para sus conferencias y publicaciones, y, además, es el centro abastecedor de medios para la sobrevivencia de un intelectual que está dispuesto a vivir para y de sus ideas.

Estanislao Zuleta, la necesidad de una biografía

Un intelectual autodidacta

En el contexto colombiano, Estanislao Zuleta es un tipo de intelectual en transición hacia una mayor institucionalización de su quehacer. Su carácter de intelectual, con una visión intelectualizada de la sociedad, se expresa de una manera clara en su recorrido existencial; a principios de la década de los sesenta, por ejemplo, su participación en el PRS (Partido de la Revolución Socialista) era concebida desde su carácter intelectual, y su debate en la izquierda de entonces se asumía como un proyecto político cargado de una comprensión teórica de la realidad y un accionar ideado bajo la dirección de una vanguardia de intelectuales que desde su conocimiento vislumbraban el accionar presente y futuro. Por otro lado, y esto expresa sobre todo su carácter de hombre de ideas que vive en sí mismo un

momento de mutaciones en su actividad, a pesar de su condición de intelectual autodidacta, se ve obligado a enfrentarse con el mundo universitario, a conquistar su auditorio que será el que oficiará de público en sus conferencias, y de intelectual de café y revista convertirse en profesor universitario. Su formación fuera de la institucionalidad educativa formal, es algo que lo marca definitivamente en su actividad, no obstante, en un ambiente donde el intelectual académico se hace cada vez más hegemónico, Zuleta se ve obligado para desarrollar su actividad a utilizar los escenarios propios de lo académico, más profesionalizados, para abrirse paso y ganar el reconocimiento de su público y de otros intelectuales. Es así como, si bien gran parte de su formación se desarrolló fuera de los marcos prefijados por la institucionalidad académica, en la bohemia, en espacios informales de grupos de estudio, su público e interlocutores lo constituirán otros intelectuales formados o en proceso de formación en la institucionalidad académica y universitaria que se extendía en el mundo intelectual colombiano: mayoritariamente un público de estudiantes. En este sentido se expresan las peculiaridades culturales del mundo intelectual en el cual se desarrolló Estanislao y en el que se consagró.

Este aspecto tan fundamental y de interés para entender el campo intelectual y cultural colombiano, sobre un autodidacta que se consagra en el mundo universitario, cuyo público y auditorio está en los escenarios propios del intelectual profesionalizado y académico ha sido pasado por alto o no se le ha dado la centralidad que merece. La mayoría de lo escrito sobre Estanislao Zuleta resulta repetitivo y concentrado en algunos aspectos sobre los legados de sus aportes desde la ética, la literatura y la filosofía, así como de las reflexiones alrededor de la educación, de la democracia o los derechos humanos. La mayoría de los artículos sobre su obra, y algo de su vida, fueron escritos después de su muerte, distribuidos en reseñas sobre las publicaciones de sus escritos y conferencias en forma de libro, y en ensayos cortos, sobre su pensamiento. Destacan libros que tratan de sintetizar e identificar las características de su pensamiento, tales como la compilación de ponencias de un panel realizado en la UPTC en Tunja entre el 3 y 10 de mayo de 1990, pocos meses después de la muerte de Estanislao, y reunidas en el libro *Estanislao Zuleta 1935-1990* (Grupo Interdisciplinario de Estudios 1990); y el trabajo más comprehensivo que se ha realizado para caracterizar el pensamiento y obra de Estanislao Zuleta, con un

complejo desarrollo y elaboración alrededor de su legado, es el de Alberto Valencia en su libro *En el Principio era la Ética* (1996).

Sin embargo, en lo escrito sobre Estanislao Zuleta se palpa un claro vacío sobre trabajos que involucren aspectos de su vida y de su obra como intelectual, que indaguen, desde sus características particulares, cómo expresa la generalidad del campo y de la sociedad en la cual se formó y ejerció su actividad intelectual. No es posible resaltar un trabajo sobre Zuleta que exponga y profundice de manera sistemática y coherente sobre los aspectos de su vida práctica y las conexiones y relaciones con su pensamiento. Entre los que intentan hacer un acercamiento biográfico se puede destacar el artículo realizado por su hijo José Zuleta (sept-nov 2000) que desarrolla, muy resumidamente, una síntesis biográfica de su padre. Años después, en el 2006, Jorge Vallejo publicó con la editorial Norma el libro *La rebelión de un burgués. Estanislao Zuleta, su vida*, que prometía ser una biografía pero en su confección se produjo un contenido en gran medida desarticulado lleno de apreciaciones muy particulares y subjetivas del autor sobre la vida de Zuleta, con muy poco rigor y coherencia, con imprecisiones en fechas y lugares, y escasa profundización y elaboración sobre las relaciones del pensador, su obra y su vida. Hasta ahora, es posible afirmar, sin temor a errar, que no hay una biografía que combine de manera articulada y sistemática sus características intelectuales, con los hechos vivenciales, que busque las relaciones que pueden existir entre las circunstancias sociales, económicas y políticas de su tiempo con su producción intelectual, con su pensamiento. Cómo Zuleta se inscribe y desarrolla en un momento de transformaciones del mundo cultural e intelectual en Colombia, de un país que entra claramente en un proceso de modernización y desarrollo capitalista con un Estado que crece y se moderniza apoyado en una clase media que se profesionaliza y demanda mayores bienes y servicios. Todos los artículos y libros, en mayor o menor medida, expresan e interpretan el pensamiento de Zuleta con algunos tintes sobre su vida práctica, pero ninguno va más allá, no se inmiscuyen en el contexto que lo conformó como intelectual.

Por otro lado, Zuleta despertó amores y rencores entre los que se encontraron con él o con su producción, no obstante, gran parte de lo escrito sobre él, exalta su pensamiento y su persona; es poco lo que en tono de crítica se ha publicado en su contra. Se pueden citar dos reseñas sobre libros publicados de Zuleta, que toman un tono crítico que incluso aborda

aspectos que cuestionan su calidad como pensador o intelectual; es decir, son una crítica no sólo de la obra de Zuleta, sino del lugar que se le ha asignado como intelectual. En buena parte se puede leer como una reacción de dos intelectuales académicos y profesionales a alguien que ha incursionado con éxito en su campo a pesar de no cumplir con las exigencias formales y regladas que el mundo académico demanda, para ser reconocido y obtener el consenso que legitima ocupar determinada posición o jerarquía. No deja de ser curioso que sea en el formato de las reseñas donde se realizan las críticas a la obra de Estanislao, pues utilizan una sola publicación como punto de apoyo para criticar todo su pensamiento y significado en la cultura colombiana.

La primera reseña fue escrita aún en vida de Estanislao Zuleta, por el destacado y polémico filósofo y crítico literario Rafael Gutiérrez Girardot (1987) del libro *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos*, publicado por Procultura Bogotá, en el cual se reunían escritos de Zuleta y transcripciones de algunas conferencias alrededor de temas literarios y filosóficos. Años después de la muerte de Zuleta, en 1996 el Programa Editorial de la Universidad del Valle publica, impulsada por la recién conformada Fundación Estanislao Zuleta, algunas transcripciones editadas de conferencias sobre Platón y Aristóteles de un ciclo de filosofía dictado por Estanislao en Cali en el año 1976, bajo el título *Lógica y crítica*; sobre dicha publicación escribió Carlos Sánchez Lozano su reseña crítica “Peligros de la oralidad filosófica”. Ambas reseñas insisten en el carácter asistemático de la obra de Estanislao y su producción fuera de la normalidad académica, crítica que se dirige fundamentalmente a su condición de intelectual autodidacta fuera de las “rigurosidades”, formas y consensos metodológicos y discursivos de las disciplinas desarrolladas en las universidades. Además, confluyen en calificar el discurso y las conclusiones de Zuleta como “cantinflascas” con ningún rigor, Girardot lo señala además como falto de fundamento y con ninguna base empírica para sus categorías y apreciaciones, entre ellas la de “idealización”; Carlos Sánchez lo caracteriza como anticientífico al abordar el conocimiento, con ínfulas de intelectual “renacentista”, con un método educativo cargado de “intuiciones azarosas” y con un “yoismo petulante que le impidió conocer las obras filosóficas en la lengua original”. Esta última crítica es reiterada en el texto de Girardot, transformándose en burla que invalida las obras que sirven de base a Zuleta por ser la traducción a la versión del idioma castellano, y menosprecia sus aportes

al no leer los textos en su lengua original o en la traducción con más credibilidad. Carlos Sánchez, al final de su reseña, reivindica a Zuleta cuando reconoce que si hay que hacer una historia de los intelectuales en Colombia en el siglo XX, Zuleta ocuparía un lugar en ella; para Girardot, Zuleta es un ejemplo de “la miseria aparatosa de la universidad” iberoamericana.

En respuesta a la reseña de Gutiérrez Girardot, Fabio Giraldo (1990b) señalaba: “Su prosa llena de vituperios y resentimiento es una prueba fehaciente del „saber“ erudito y sin mayores contenidos”; y continuaba, respondiendo a la afirmación de Girardot sobre la nula determinación empírica de Zuleta que manifiesta con conceptos como el de idealización:

“La ligera y desatinada nota del profesor Gutiérrez, omite la construcción conceptual propia del psicoanálisis y reclama evidencias empíricas de nociones tan complejas como la idealización, que es casi lo mismo que pedir las mismas manifestaciones a conceptos como el sentimiento de culpa o a cualquier expresión del deseo. Pretende, al igual que los economistas vulgares, vendernos la dudosa idea de que si un fenómeno no se puede cuantificar entonces no tiene existencia real” (Giraldo 1990b, 98-99). En este sentido, según Giraldo, “Lo real no es solamente lo definible física y cuantitativamente, sino también lo sensibilizable” (100).

Para Rafael Gutiérrez Girardot el autodidactismo de Zuleta es uno de los problemas de su pensamiento, junto con su “importantísimo” y la “obediencia a la moda”, léase “marxismo-leninismo”; exactamente dice esto: “El Dr. h.c. Estanislao Zuleta es simplemente un „piadoso lector“, que se sirve de los libros y de las conferencias para cargar a sus oyentes y lectores de sus ocurrencias sobre libros con su triple problema: el de su autodidactismo, el de su obediencia a la moda (marxismo-leninismo, estructuralismo de segunda mano) y el de su importantísimo” (Gutiérrez 1985, 80). Gutiérrez Girardot no es capaz de reconocer la peculiaridad de Estanislao como un intelectual autodidacta que, sin embargo, se mueve en el escenario de la universidad e intelectualidad colombiana. Lo que debería ser una pista para ayudar a entender la configuración particular del campo cultural e intelectual en Colombia, desde un análisis más sociológico e histórico, para el filósofo universitario, desde una posición bastante paradigmática, es un problema en cuanto es un síntoma de la anormalidad de un sistema universitario y cultural que es capaz de reconocer a alguien que se mueve por fuera de la “normalidad filosófica”, entiéndase como la

normalidad académica, las jerarquías y procesos institucionalmente establecidos y consensuados en la academia. No sólo esgrime una argumentación poco contextualizada e informada sobre el autor objeto de su crítica, sino que deja ver errores o incompreensión en los ejes de su pensamiento. Por ejemplo, calificar el marxismo de Zuleta como leninista, destila una falta de conocimiento sobre su pensamiento; la fuente orientadora para Estanislao en su lectura de Marx es Jean Paul Sartre quien marcará su filosofía desde su formación inicial como intelectual. La lectura de Marx iniciaría con *Los manuscritos* y textos como *El 18 Brumario*, lo que le daría un sentido a la lectura de Marx poco ortodoxa para la época y, sobre todo, antidogmática.

Con relación a la cercanía con Sartre, Valencia señala que “tuvo un inmenso significado en su desarrollo intelectual. A diferencia de Heidegger, Freud, Marx, Tomas Mann, Platón, Kant, Hegel, o muchos otros. Sartre no es para Zuleta un maestro en el sentido clásico de la palabra, sino un igual, „un compañero de ruta“, un „hermano mayor“... En una buena medida la obra de Zuleta se podría interpretar como un permanente diálogo con Sartre” (1996, 59-60)¹¹. Una de sus primeras lecturas sistemáticas fueron los escritos de Jean Paul Sartre, antes lo habían influenciado, como joven lector, obras en el campo de la literatura, Dostoievski y Thomas Mann su gran descubrimiento¹²; asimismo, cuando tenía alrededor de 16 ó 17 años de edad, sin leer a Sartre, incursionaba en el psicoanálisis con la lectura de *La interpretación de los sueños* de Sigmund Freud y luego *La psicopatología de la vida cotidiana*¹³. Fueron lecturas que desde su juventud marcaron su orientación intelectual determinantemente, y sobre las cuales volvería siempre como integradoras de las demás. Por intermedio de Oscar Hernández¹⁴, periodista, poeta e intelectual, diez años

¹¹ En el libro de Valencia (1996) hay todo un aparte dedicado a exponer la influencia de Sartre en Zuleta, mostrando la importancia que el autor le da al filósofo francés en el pensamiento de Estanislao (59-77).

¹² Las circunstancias de los inicios de la lectura de Dostoievski están bien retratadas en varias entrevistas, especialmente en una realizada en Cali hacia agosto de 1984 (Bastidas 1990, 80, 81), y los inicios en la lectura de Thomas Mann y su centralidad en Estanislao se pueden encontrar consignadas en la entrevista que le realiza su amigo Luis Antonio Restrepo en 1988 (Valencia 1997, 17-35).

¹³ En una entrevista concedida a Delfín Grueso el 16 de octubre de 1984, Estanislao señala que comenzó a leer a Freud con su obra *La interpretación de los sueños* a la edad de 16 años, gracias a la biblioteca de su tío Juan Zuleta (Valencia 1997, 61-62), reconocido político conservador y figura destacada del periódico *El Colombiano*.

¹⁴ Oscar Hernández recién casado a principios de la década de 1950 se fue a vivir en alquiler a una parte de la casa de propiedad y vivienda de doña Margarita Velásquez viuda de Zuleta, madre de Estanislao, en la avenida Cuba en esquina de Chile, frente a la plazuela de María Auxiliadora. Allí se conocieron el joven de apenas 16 años con Oscar que ya era reconocido como intelectual en Medellín, de un grupo de intelectuales jóvenes reconocidos, entre otras cosas, por su participación activa en proyectos culturales como el de las Casas de la Cultura a finales de la década de los cuarenta. Tenía ya publicado un libro de poemas, *Los poemas del hombre*, y colaboraba con publicaciones periódicas como el diario *El Sol* de Medellín. Según se desprende de la entrevista realizada, Oscar Hernández sería quien induciría a Estanislao a iniciar la lectura de Sartre y de los existencialistas franceses, y a través de él tendría acceso a un grupo de intelectuales

mayor que él, Estanislao conoció a Sartre y a Merlau-Ponty, las voces del existencialismo habían llegado como algo nuevo a los países de habla hispana; Colombia, a pesar de lo marginal de su impacto, también había sido afectada. A través del existencialismo francés llegaba una nueva forma de comprensión de la filosofía alemana, de la fenomenología particularmente, desde Hegel, Husserl y Heidegger. A partir de allí el interés por Sartre, especialmente, se afincará y será un sustento para su desarrollo intelectual posterior. Leyó *La Náusea*, y en las experiencias de Roquentin, en su confrontación con la existencia y con la contingencia, vio reflejada su situación en el Medellín conservador y clerical de los años cincuenta, que se le presentaba como un mundo adverso al desarrollo libre de su conciencia, y entonces se sintió identificado. Entre los 17 y 18 años de edad se sumergió en *El ser y la nada*, obra a la que dedicará inicialmente seis meses de estudio, día entero (Valencia 1997, 105-106). Había descubierto una veta en la pregunta por la existencia y en la lucha del hombre contra las pesadas determinaciones y condicionantes del mundo que limitan su libertad. Sartre había aparecido en su vida para quedarse y servir como sustento interpretativo de lecturas futuras. En los primeros años de la década de los cincuenta, a través de la Librería Continental, La Pluma de Oro y la Librería Dante, llegaron a Medellín obras literarias y libros del pensamiento de la posguerra en Europa, en traducciones, o en libros y revistas importados de Francia (Moreno entrevista ene 2005). Por ejemplo, la revista *Les Temps Modernes* llegaba a la ciudad con viejos y nuevos números, colocando a autores como Jean Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, Simone de Beauvoir, Albert Camus, Raymond Aron, entre otros, en el manejo público de los lectores y contados intelectuales de la ciudad, como referentes con sus obras para el estudio y la discusión. Del grupo de amigos contemporáneos a Estanislao, a principios de la década de los cincuenta, entre quienes se cuenta a Ramiro Montoya, Delimiro Moreno y Mario Arrubla, entre otros, Zuleta era el único que podía comprar sin dificultad la revista de Jean Paul Sartre, *Les Temps Modernes*. Cuando ingresan al Partido Comunista en Medellín, entre 1956 y 1957, en plena vigencia del decreto de la dictadura que declaraba ilegal el partido comunista y cualquier tipo de ideología u opinión afín, el grupo de Delimiro Moreno, Mario Arrubla, Virgilio Vargas y Estanislao Zuleta, entre algunos otros, era identificado como el de los

mayores, contemporáneos de Oscar, entre ellos Alberto Aguirre, Carlos Castro Saavedra, un grupo de amigos cuya referencia mayor era Manuel Mejía Vallejo, que en la era de la dictadura civil conservadora y militar estuvo fuera de la ciudad y del país perseguido político (información suministrada en la entrevista a Oscar Hernández en su casa en Medellín en enero de 2005).

existencialistas (Moreno entrevista ene 2005). La lectura de Marx fue posterior a la lectura de Sartre y de Freud. Cuando comienza a leer a Marx, ya la filosofía existencialista francesa y el psicoanálisis han aparecido en su vida.

Para Oscar Espinosa, por ejemplo, el psicoanálisis aparece como el eje de la actividad intelectual de Zuleta; la literatura, la filosofía y el marxismo según este autor lo que hacían era enriquecer este eje, y gracias a la combinación de Marx y Freud, junto con la lectura intensa en diferentes áreas, Estanislao generó y reforzó una posición intelectual antidogmática (Espinosa 1993, 100-109). William Ospina considera que la convicción de que la mirada de los otros nos configura como humanos, sustenta la visión psicoanalítica del mundo y, desde allí también, se fundamenta su afición por lo oral y la palabra, pues para Estanislao a través de ella se puede llegar a la verdad del sujeto, al inconsciente (Ospina 1996, 38). Independientemente de si el psicoanálisis es el eje o no de su pensamiento, o de las funcionalidades prácticas que éste asumía en la vida y relaciones de Zuleta, lo cierto es que desde el año cincuenta y dos hasta mediados de los años sesenta se configuran las bases articuladoras de su pensamiento, la fuerza de una formación sólida en la literatura universal se entremezcla con una orientación que indaga sobre la existencia y que encuentra en la filosofía, en el marxismo y en el psicoanálisis, pilares para explicar el mundo de la realidad social.

Formación intelectual e influencias, mito y realidad

Algunos aspectos de la vida de Estanislao son destacados, sin embargo, rayan en buena medida en el terreno de la anécdota, cuando no de la conclusión fácil y ligera, sin una articulación clara para explicar su conformación y periplo como intelectual. José Zuleta considera que la pérdida temprana del padre de Estanislao fue reemplazada con la madre, la cual a su vez suplió esta ausencia idealizando a su marido y transmitiendo esta idealización a su hijo a través de la narración, la cual fue muy intensiva en la relación madre-hijo,

“Estanislao no tuvo pues un sustituto de su padre: tuvo un padre configurado por la narración” (Zuleta J. 2000, 74). Estanislao, con la muerte de su padre, según José, quedó influenciado en su vida por esta referencia al pasado, al origen, y por tanto una gran pasión por la narración que posteriormente los libros impulsaron. Para Oscar Espinosa Restrepo

“el mutismo del padre” debido a su ausencia produjo “un hombre destinado a hablar” de variados temas confluyendo en su interés por el psicoanálisis y en la búsqueda de “los efectos de la ausencia paterna” (Espinosa 1993, 101-102). Estas referencias a la ausencia del padre, quien se llamaba Estanislao Zuleta Ferrer y murió en un accidente aéreo en el aeropuerto de Las Playas en Medellín el 24 de junio de 1935, apenas con cuatro meses de nacido Estanislao hijo, resultan ser muy generales sin profundizar en el carácter concreto de la existencia de quien fuera su padre y del ambiente familiar, y desde allí sí, entonces, elaborar sobre las particulares del escenario familiar y psicoafectivo que lo rodeó en su infancia y adolescencia, y las posibles influencias que tuvo en la conformación y elecciones vitales de Estanislao. Por ejemplo, habría que examinar de manera detallada sobre el ambiente conservador en el que se levantó Estanislao, rodeado de una familia de doctores con fuertes nexos políticos y militantes con el Partido Conservador, un abuelo notario, y tíos vinculados a la prensa y a la política conservadora. El padre de Estanislao fue un abogado como su padre y hermanos, graduado de la Universidad del Rosario, con incursiones como escritor en *El Colombiano* y en revistas culturales y literarias como *Claridad*, admirador de Gandhi y de Monseñor Carrasquilla (Zuleta Ferrer mar. 29 1930, 123-124). Estanislao Zuleta Ferrer era un conservador civilista, amigo de Fernando González¹⁵, con negocios con su primos Alberto y Eduardo Zuleta Ángel y con el hijo del presidente de la Revolución en Marcha, Alfonso López Michelsen, en Bogotá (Montoya sep 2007, 8); el día del fatídico accidente, donde falleció también Carlos Gardel y su comitiva, viajaba a Bogotá y en el aeropuerto de Techo lo esperaba Margarita y sus dos hijos, así como, Eduardo Zuleta Ángel y Alfonso López. Cuando Estanislao Zuleta Ferrer murió, Mariano Ospina Pérez figura destacada del Partido Conservador, ya perfilado para ser presidente, y pilar ideológico y político de la Federación Nacional de Cafeteros, desde Bogotá mandó un mensaje de condolencia a Julio Hernández director de *El Colombiano*:

“Muerte Estanislao Zuleta constituye una pérdida irreparable no solo para su familia y amigos sino para la república y para el conservadurismo. Suplícoles asociarme al duelo general ocasionado por la desaparición” (vier 28 jun 1935, 3).

¹⁵ Fernando González le decía en una carta fechada el 29 de agosto de 1934: “Nadie que tenga tu capacidad de impertinencia y tu limpieza estética. Tienes la herencia aristocrática de aquel cabezón Ferrer, tu abuelo, que parecía una cabeza encabada, y tienes la inteligencia de Zuleta, el Notario. Siempre he sentido debilidad por los Zuleta, siempre impertinentes, siempre simuladamente grávidos, con el aspecto de quienes están en los secretos del Estado” (González 1995, 94).

Juan Zuleta Ferrer, tío de Estanislao, quien vivió con su familia a algunas cuadras de la casa de Margarita Velásquez y sus hijos en Medellín, era un destacado político del partido Conservador, abogado de la Universidad de Antioquia con especialización en La Habana, fue concejal de Medellín y diputado a la Asamblea Departamental por el Partido Conservador, así como, embajador en Cuba entre 1950 y 1953. Con una historia política también asociada al periodismo, en su juventud Juan Zuleta fue director y fundador del suplemento *Jerarquía* que en el periódico *El Colombiano* reunía a la inteligencia paisa, conservadora, antidemocrática y nacionalista de los años veinte y treinta; fue propietario y fundador de las emisoras Libertad y Cristal, además de asesor editorialista de la Radio Cadena Nacional. Su influencia en *El Colombiano* desde los tiempos de *Jerarquía* le valió el ser su director más de veinte años, entre 1962 y 1984 (Cf. Perry 1970, 449). Juan era un hombre aficionado a la lectura, poseedor de una gran biblioteca, heredaría la biblioteca de su hermano cuando este murió, y Estanislao buscaría en ella a su padre encontrándose en la lectura de la literatura antioqueña y universal, de los clásicos del pensamiento (Cf. Zuleta José 23 entrevista ago. 2004).

No cabe duda que la muerte tan temprana del padre en Estanislao Zuleta fue determinante en su vida, y que un contexto burgués, con un capital intelectual acumulado en su familia que se constituiría en un referente de identidad para el adolescente, harían de la lectura un curso casi natural para su desarrollo. No obstante, queda el interrogante de la peculiaridad de su formación. En una familia de doctores en varias generaciones, Estanislao renuncia a este camino y se constituye en un intelectual autodidacta que, además, rompe con la tradición política de su familia, y se ubica por fuera y en contra de esa tradición. Estanislao, en su recorrido vital, es el resultado de su entorno, pero también, en él se manifiesta un momento de ruptura y cambios en la historia nacional, que bien vale la pena profundizar sobre sus implicaciones en el campo cultural e intelectual, si se quiere buscar explicar la formación de un intelectual como Zuleta.

Con relación al carácter eminentemente oral de su obra es llamado “Sócrates bohemio” (Giraldo 1990a), “maestro oral” o “el más hermoso e intenso caso de magisterio verbal” (Ospina 1990), inscribiendo, como ilustra William Ospina, uno de sus amigos y discípulos, la lectura que él hacía como “apenas un ejercicio de preparación para la gran fiesta del diálogo” (Ospina 1990, 84). Alberto Valencia llama la atención sobre el gran

significado que tiene para la producción de sus ideas que haya un interlocutor, el cual no sólo se reduce a una persona o a un público de carne y hueso sino que se amplía a los mismos libros, a través de la interpretación o exégesis de estos, dialogando con los autores, desde la oposición y afirmación combinadas en el análisis, es decir, reconociendo que la “conversación y el diálogo fueron para Zuleta „instrumentos“ fundamentales para el desarrollo de su pensamiento” (Valencia 1996, 22). María Antonia Garcés Arrellano se refiere a su muerte en las lecturas dominicales de El Tiempo: “La muerte del amigo suspende el habla, embota el entendimiento [...]”, lo califica de maestro, de intermediario “entre el mundo del conocimiento y el de la vida cotidiana” (15 abr 1990, 14).

Ahora bien, cuáles fueron las influencias que recibió Zuleta además de la madre, que pudieron haber marcado el trasegar de su vida y de su pensamiento. En lo que se confluje fueron determinantes sus relaciones con Fernando González, antiguo amigo de su padre, y Fernando Isaza, tío político, durante un periodo importante de su vida. Algunos no sólo los califican de tutores o mentores, sino como reemplazos del padre. El énfasis es colocado sobre el filósofo Fernando González, de quien afirman le abrió las puertas desde niño a la cultura y dirigió sus lecturas de los diez a los diecisiete años, de él dice José Zuleta que su padre tomó el ánimo de independencia del entorno social e intelectual, que marcaría la producción intelectual y la práctica de Estanislao; según Valencia, estas relaciones explican el temprano acceso a la cultura de Zuleta y que se puede suponer que sin ellos el desarrollo del intelectual pudo ser diferente, pues en el caso de Fernando González, éste imprimió en Zuleta “El espíritu contestatario, la crítica de la tradición, la incapacidad de transar con los poderes [...]” (Valencia 1996, 34).

Resaltan varios trabajos y artículos, entre ellos el de José Zuleta, su temprana desertión del colegio a la edad de 17 años, cuando apenas cursaba cuarto de bachillerato, causando un gran revuelo en la familia esta decisión, pero que terminó siendo aceptada por la influencia de los Fernando, sobre todo de Isaza (Zuleta J. sep.-nov. 2000, 74-75). No obstante estas referencias a la centralidad de la figura de Fernando González en su formación intelectual, resulta en realidad cuestionable el carácter que le otorgan al filósofo de *Otraparte*¹⁶ como formador de las bases de la personalidad y dirección intelectual de Estanislao, o incluso su pretendida influencia directa sobre el joven adolescente. Sobre el

¹⁶ Así era conocida la casa de Fernando González donde vivía retirado en un ambiente rural en Envigado.

hogar de Margarita, Fernando González fue más bien una figura lejana; las referencias para Estanislao fueron las del amigo de su padre, filósofo y fuera de los cánones sociales predominantes en el Medellín conservador y clerical de la época. Fernando González era un referente para la intelectualidad joven en Medellín, quienes atraídos por su prosa contestataria se acercaban a su retiro en Envigado, donde eran bien recibidos; Manuel Mejía Vallejo, Carlos Castro Saavedra, Alberto Aguirre y Oscar Hernández, se anotaban como algunos de sus visitantes. Con Margarita algunas veces Estanislao frecuentaría al filósofo; muy joven, lo haría en compañía de amigos casi contemporáneos como Ramiro Montoya, Delimiro Moreno y Gonzalo Arango, este último reivindicaría la influencia en él de “El brujo de *Otraparte*” como se llegó a conocer a Fernando González en Medellín. Sin embargo, en el caso de Estanislao, la relación con Fernando González no fue tan familiar, más bien cercana a lo distante, motivada por la búsqueda adolescente de identidad, se encuentra con el conocido amigo de su padre, y por su joven curiosidad intelectual realiza visitas en periodos de tiempo regulares, los fines de semana, a *Otraparte*, entre los quince y dieciséis años de edad. Dichas visitas en realidad no causaron una huella profunda en su conformación intelectual, ni tampoco son rastreables las influencias del filósofo de *Otraparte* en el pensamiento de Estanislao, pues simplemente no fueron tales. El mismo Estanislao Zuleta se refiere a su relación con Fernando González en una conversación sostenida a principios de la década de 1980:

Entre los 15 y los 16 años, Fernando González se apareció, quizás porque se acordó del hijo de su amigo. Yo estaba entonces en una situación crítica. Mis relaciones con el colegio fueron muy malas, pero no con el estudio. Tomé la costumbre de ir a su casa, a *Otraparte*, a conversar con él. No coincidían entonces nuestras posiciones. Él tenía una formación seria en cosas que yo ignoraba por completo, como la filosofía de Spinoza. Por el contrario, a mí me interesaba Sartre, y él no lo tomaba en serio [...] Yo era un adolescente tímido, que le sudaban las manos, y él era un enamorado de los hombres libres y autoafirmativos como, según su reconstrucción, era mi padre [...] (Valverde 1980, 104)

De este modo, no queda sino coincidir con Ramiro Montoya, uno de sus amigos de adolescencia, y afirmar con él que “No fue bajo su tutoría y su orientación [la de Fernando González], como algunos han dicho, que se produjo esa explosión intelectual en los años tempranos de Zuleta” (Montoya 2007, 9). Más bien hay que indagar en el origen social de Estanislao y en el entorno del Medellín de entonces, entre sus amistades y relaciones, para

entender su motivación inicial de conformarse como un lector e intelectual: una familia conservadora con un capital cultural acumulado durante varias generaciones, hijo varón único en un hogar dominado por su madre, en una sociedad conservadora y patriarcal; reconstruye la pérdida temprana del padre con su recreación idealizada como figura intelectual, encontrando en la búsqueda en los libros heredados en la biblioteca de su tío Juan, “una biblioteca grande”, “una biblioteca excesiva para la época” (Bastidas 1990, 84), en las referencias de autores y obras, sus referentes en su conformación como adolescente. Estanislao gozará desde muy joven de un acumulado dado por el medio en el cual se conforma como individuo y por las condiciones de su historia personal, de un acumulado cultural e intelectual que le permitirán inscribirse en una generación de jóvenes intelectuales que en los cincuenta comienzan su proceso de formación muy atado a los referentes de intelectuales contestatarios como Fernando González, León de Greiff, Porfirio Barba Jacob, y a una nueva intelectualidad que se abría paso desde los años cuarenta bajo las figuras destacadas de Manuel Mejía Vallejo, Alberto Aguirre, Carlos Castro Saavedra y Oscar Hernández que a través del ejercicio de un periodismo moderno, y su actividad creativa en la literatura, en la poesía y en el cine hacían tribuna para el establecimiento de una cultura moderna que rompiera con el cascarón de una sociedad católica, conservadora, dominada por la cultura política del bipartidismo. Estanislao Zuleta, Delimiro Moreno, Mario Arrubla, Ramiro Montoya, Virgilio Vargas, hacen parte del grupo de jóvenes intelectuales que se forman como tales en el Medellín de los cincuenta, enfrentados a la propuesta clerical-conservadora hecha gobierno durante la dictadura de Laureano Gómez y continuada en muchas de sus facetas bajo Rojas Pinilla¹⁷.

Este grupo de jóvenes intelectuales se nucleará alrededor de la literatura, especialmente de la poesía, siguiendo en esto el modelo tradicional de los intelectuales en Medellín, sin embargo, pronto, ante los imperativos del momento y la influencia de Oscar Hernández, Alberto Aguirre y Carlos Castro Saavedra, se interesarán por autores como

¹⁷ Después de los sucesos del 9 de abril de 1948, arreció la persecución en Medellín a los liberales y quienes aparecían o eran señalados desde la Iglesia o la política como contraviniendo los preceptos morales, de comportamiento o estéticos defendidos por los sectores conservadores y clericales más recalcitrantes en el poder. En 1950, debido a la persecución política, Manuel Mejía Vallejo, Mario Vélez y Mario Berrío Montoya se vieron obligados a salir de Medellín y del país, ese mismo año el alcalde de Medellín José María Bernal ordena cubrir con cortinas los murales del pintor Pedro Nel Gómez por considerarlos obscenos y que atentan contra la moral y buenas costumbres, en una clara censura al arte de contenido social; asimismo, son perseguidas las obras de Débora Arango y Carlos Correa, y los escritos de Fernando González. El *Index* de la Iglesia cobra vigencia en la prohibición de libros y de lecturas, se respira un ambiente generalizado en Medellín de censura y persecución a las expresiones de pensamiento modernas que superan la visión maniquea de la sociedad tradicional católica.

Heidegger, el existencialismo francés y el psicoanálisis. Se conforman, como intelectuales fuera de alguna orientación partidista, cuyo interés por la cultura, en una sociedad tan conservadora, se constituye en sí mismo en una forma de acción política y de ruptura con lo establecido. Siguiendo la tradición de *Los Panidas*¹⁸, como otros, continuaron reproduciendo los escenarios de sociabilidad intelectual de la bohemia de los cafés y tertulias, así como los grupos de estudio, lectura conjunta y discusión, que progresivamente asumieron el debate político como prolongación de la reflexión cultural e intelectual. Era la asunción de la figura del intelectual independiente y bohemio, que reclamaba un mundo a su imagen y semejanza o a la medida de sus aspiraciones culturales.

Estanislao Zuleta desde su adolescencia y en el transcurso de su vida será un hombre dado a los grupos de estudio, que en muchas ocasiones se transmutan y muestran como grupos políticos de izquierda. Siendo apenas un muchacho de quince años, en el Liceo de la Universidad de Antioquia, pertenece a un grupo de lectura literaria y arte, llamado Centro Literario Porfirio Barba Jacob, del cual llegaría a ser presidente gracias a su capacidad de memorizar aquellos largos poemas de la poesía colombiana como “El cultivo de maíz en Antioquia” y “Anarcos” de Guillermo Valencia (Montoya sep. 2007, p. 10). Durante su residencia en Bogotá, entre 1958 y 1969, Estanislao ingresa de una manera más fuerte al ambiente universitario y de la izquierda en la capital, sin nunca perder el nexo con los amigos dejados en Medellín; es el periodo de los grupos de estudio de *El Capital*, cuya experiencia en la Universidad Libre con Hernando Llanos, se reproduciría en otros escenarios (Llanos entrevista nov 2004). En el transcurso de su vida fundó y perteneció a otros grupos que poseían el nombre de la revista que publicaban respectivamente, todas de vida corta, entre ellas *Crisis* (1958), *Estrategia* (1962-1964), *Polémica* (1971), *Contraataque* (1976), *Veinte varas de lienzo* y *Ruptura* (1976). De estos grupos el más conocido y renombrado es *Estrategia*, de cuya revista salieron sólo tres números; en sus páginas se publicó en forma de ensayos lo que después sería el libro *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* de Mario Arrubla que incidió de forma determinante en la

¹⁸ La revista *Panida* circuló en Medellín en 1915 durante cinco meses, y dio nombre al grupo de aproximadamente trece jóvenes, entre los 17 y 19 años de edad en ese entonces, que era el artífice de su elaboración. Buscaron romper desde la poesía, la pintura y la música con lo tradicionalmente aceptado en la creación artística, planteando una sensibilidad distinta, renovada, fuera del academicismo y refinamiento de la intelectualidad establecida. León de Greiff, Fernando González, Tartarín Moreira (Libardo Parra Toro), Pepe Mexía (José Félix Mejía Arango), Ricardo Rendón y Rafael Jaramillo Arango, entre otros, fueron integrantes destacados del grupo. La huella de los *Panidas* en la cultura colombiana y de Medellín fue fundamental, por sus características de vanguardia y por la carrera literaria y artística que siguieron buena parte de sus integrantes.

historiografía colombiana del momento. En esta publicación de Arrubla en un principio participó Zuleta. Por su parte, Estanislao publicó algunos de sus escritos: “Introducción a un debate sobre la política revolucionaria” (nov 1963), donde cuestiona varios de los presupuestos estratégicos y tácticos de la izquierda de entonces, y “Marxismo y psicoanálisis” donde precisamente planteaba las potencialidades integradoras de estas dos teorías en busca de una comprensión íntegra de lo humano, y con ello una asimilación en todos los niveles de los efectos de la explotación, en lo económico, lo político y lo psicológico; este tipo de planteamientos resultaba para el medio de la izquierda una herejía, y marcaban claramente su característica distancia como intelectual, ante la izquierda ortodoxa partidista y armada.

Estanislao y las instituciones

La deserción de Estanislao de la educación formal, a los 17 años de edad, sin terminar cuarto de bachillerato, es puesta por varios de los autores como el signo y el inicio de una vida fuera de los parámetros institucionales. Francisco Giraldo manifiesta que es el resultado de una disposición personal desde su niñez “propia de los grandes pensadores: fue rebelde, enemigo de las normas autoritarias y poco dado a admitir sin crítica las instituciones y las convenciones sociales existentes” (Giraldo 1990a, 11). Valencia por su parte señala que: “La formación intelectual de Zuleta se llevó a cabo completamente por fuera de los marcos institucionales” (1996, 23), dirigida por un proceso de autoformación, autodidacta, entendido esto por haberse retirado del bachillerato para realizar un trabajo de lectura y escritura guiado por él mismo, sin someterse a ninguna institución.

Nos preguntamos qué influencia en su formación tuvieron los grupos de estudio de los que hizo parte durante casi toda su vida, cómo se dieron estas influencias y qué personajes fueron fundamentales en la formación de Zuleta en estos espacios. Lo que nos aparece en las notas biográficas, consultadas en los textos, es una influencia unilateral y unidireccional, de Zuleta hacia los otros, más no de estos a Zuleta; es mostrado como alguien que llega con un acumulado de lectura y a partir de su lucidez y autodidactismo influye en el pensamiento y vida de los que se encuentran a su alrededor, mas él incólumemente no es afectado por nada, sólo por los grandes autores dados desde la Grecia

antigua hasta el pensamiento occidental contemporáneo, es decir, su pensamiento sólo es conmovido por los libros, las personas no participan, no conmocionan en ninguna medida su vida y obra. Por supuesto, basta indagar de una manera más detenida sobre sus años de adolescencia y juventud para saber que Estanislao se conformó como intelectual en una generación, conmovida por las mismas lecturas e inquietudes, en el Medellín de los años cuarenta y cincuenta, y que esta formación se reforzaría en Bogotá, entre los cafés, librerías y universidades capitalinas, especialmente la Universidad Libre y la Universidad Nacional.

Fabio Giraldo llega a señalar, por ejemplo, que “la llamada „Nueva Historia” no se puede pensar sin tener en cuenta la influencia de Estanislao Zuleta. Historiadores de tanto reconocimiento en nuestro medio como Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo, Germán Colmenares, Mario Arrubla, etc., formaron parte de esos grupos de estudio y tertulia” (1990, 89), y continúa más adelante “sus mayores interlocutores no pudieron escuchar sus tempranas cavilaciones sobre la necesidad de pensar la sociedad con Freud” (94), desde aquí parte para llamar a Zuleta, como lo expresa un fragmento del título de su ensayo, “Un pensador solitario”. Sus amigos y contertulios todos asumen el papel de discípulos, dentro de esta concepción, contradiciendo la misma idea de educación y de construcción del conocimiento que tenía Zuleta. Todos, a quienes nombra Giraldo, a excepción de Mario Arrubla, fueron intelectuales que se vincularon como académicos y siguieron la carrera que demandaba la profesionalización de su actividad, viajando al exterior a continuar especializaciones y posgrados, un camino muy distinto al de Estanislao.

Pero Zuleta no fue un hombre desvinculado de instituciones –si por éstas entendemos, como hacen los que escriben sobre él, sólo las de carácter estatal o burocrático administrativas–, desde muy temprano en su vida tuvo contactos y perteneció a ellas. Según el recorrido cronológico de su vida que hace José Zuleta (sep-nov 2000), en el año 56 cuando tenía 21 años comenzó a trabajar en el Instituto de Investigaciones Históricas en Bogotá, allí inició sus estudios sobre historia de Colombia; en el año 59 a la edad de 25 años trabajó en el Ministerio del Trabajo en la oficina de Seguridad Social Campesina, participó en la realización de un libro con otros autores, sobre el departamento de Nariño. En el resto de su vida hasta su muerte la institución por excelencia donde realizaría su labor de difusión intelectual con conferencias, clases y charlas sería la universidad pública principalmente. Aunque también la privada, entre ellas, la Universidad Libre en Bogotá y la

Universidad Santiago de Cali, donde llegó a ser vicerrector entre 1969 y 1971, en pleno movimiento estudiantil por el cogobierno. En el libro *Estanislao Zuleta 1935-1990* aparece como profesor de la Universidad Nacional, sin embargo en el texto de José Zuleta no hay ninguna referencia en algún momento a esta Universidad, en Bogotá solo aparece en este como profesor de la Universidad Libre hasta 1969, fue profesor luego cuando vive en Medellín de la Universidad de Antioquia hasta el setenta y cinco y, por último, de la Universidad del Valle desde el setenta y seis hasta el final de sus días, en esta institución es donde recibe el doctorado Honoris Causa en Psicología en 1982. Sus relaciones con la universidad no sólo se limitan a los espacios de la docencia o a su condición de profesor, en éstas, a pesar de su desvinculación administrativa o burocrática seguía ejerciendo presencia a través de grupos de estudio con profesores, conferencias a las cuales era invitado, y relaciones personales con individuos que de una o de otra forma eran importantes en los espacios de diferentes universidades.

En la década de los ochenta participó muy activamente en los procesos de paz que se dieron en los gobiernos de Betancur y Barco. En 1984 Zuleta trabaja en el gobierno de Betancur en la Secretaría de Integración de la Presidencia, desempeñando funciones en el PNR (Plan Nacional de Rehabilitación) y en la elaboración de documentos de esta oficina. En el año ochenta y seis las Naciones Unidas lo nombran asesor de la Consejería de la Presidencia para los Derechos Humanos y después trabaja en un proyecto en el departamento del Valle sobre la autonomía municipal, lo que hacía allí era escribir documentos y dar charlas sobre democracia y participación. Después de esto, desde el año 88 hasta su muerte, continúa como docente en la Universidad del Valle. Es en estos últimos seis años de su vida en los cuales se producen con más fuerza sus pensamientos sobre la educación, la democracia, la violencia, el conflicto y la guerra; no hay duda, que su contacto más directo con la realidad del conflicto armado que vive el país hace surgir en él inquietudes intelectuales nuevas, que articula con el acumulado de su pensamiento.

Se hace necesario buscar el pensamiento de Zuleta en sus interrelaciones con los otros desde un seguimiento histórico que articule el contexto con su conformación individual como intelectual, y que no sólo se limite a referencias a la vida o a la sociedad, sino cómo elementos de su experiencia vital se incorporan, dirigen sus lecturas y moldean su

pensamiento. Esa es una tarea necesaria para entender el trasegar de un intelectual como Zuleta en sus múltiples determinaciones, esto está por hacer.

Conclusión

Es necesario realizar estudios de mayor profundidad sobre intelectuales como Estanislao Zuleta Velázquez, aquí en este trabajo simplemente se buscó señalar algunas pistas necesarias para adelantar un trabajo de este tipo, buscando llamar la atención sobre la necesidad de indagar hechos concretos en la vida y obra del intelectual y evitar caer en lo apoloético, en idealizaciones o ligerezas, o en la descalificación de tono personalista, apasionada y arbitraria, así como, vincular el recorrido vital con su entorno social, necesariamente, históricamente cambiante que, a su vez, se expresa en la conformación del intelectual biografiado. Estanislao Zuleta encarna la oportunidad de entender la transformación cultural e intelectual que sufrió Colombia durante la década de los sesenta, proceso ocurrido también en los demás países de América Latina. Su vida, y fundamentalmente su conformación como intelectual, se sitúa precisamente cuando en la sociedad colombiana se están viviendo cambios significativos para la vida intelectual y cultural del país, así como para la sociedad colombiana en general, y puede aportarnos luces sobre los efectos concretos de estos cambios en la conformación del país en el que vivimos.

Estanislao Zuleta como intelectual es la expresión del tránsito de una intelectualidad de café, bohemia, de opinión, cercana a la literatura y al periodismo, reunida alrededor de grupos de estudio, lectura y tertulia, de publicaciones pequeñas y revistas, a una intelectualidad académica, que se desarrolla en universidades, auditorios, posgrados, y tiene sus espacios privilegiados de expresión en publicaciones científicas e indexadas. Zuleta es expresión de este tránsito y lo vive como contradicción a la vez que es configurado como intelectual en este contexto, conviviendo en él y desarrollando su actividad en sus escenarios. En Estanislao sobrevive una intelectualidad que comienza a perecer con las transformaciones que en el mundo cultural y educativo sufre Colombia; él expresa la supervivencia de un tipo de intelectual que de manera particular se adapta a los cambios que ofrece la profesionalización de su actividad y la institucionalización que impone la

universidad. Su vida puede ilustrarnos sobre este tránsito y a comprenderlo mejor, además de contribuir a la realización de trabajos más amplios sobre la intelectualidad colombiana de la segunda mitad del siglo XX.

De este modo, surgirían algunas preguntas que contribuirían a esclarecer elementos fundamentales del campo intelectual colombiano en la segunda mitad del siglo XX, a la vez que entendemos mejor el recorrido vital y el carácter de la actividad de un intelectual como Estanislao Zuleta en un contexto configurado históricamente. Por ejemplo: ¿cómo, a pesar de ser un intelectual autodidacta, fuera de las formas de consagración académica, fuera de la orientación disciplinar propia de las ciencias sociales y humanas, pudo ser reconocido por un buen sector de intelectuales que se incorporaban, o ya estaban incorporados, en la profesionalización y formalización de la actividad intelectual? ¿Qué tan conflictivas fueron estas relaciones entre Zuleta y la nueva intelectualidad que surgía? ¿Cuáles fueron las cualidades que como intelectual encarnó Zuleta que le permitieron desenvolverse en el escenario intelectual colombiano y gozar de cierto reconocimiento? ¿A qué necesidades del campo intelectual colombiano respondió Zuleta? Estos interrogantes contienen la consideración de que Zuleta, además de ser un intelectual autodidacta, su mayor desenvolvimiento público y la difusión de su quehacer fue en el terreno de lo oral, su obra escrita es reducida, no daría para completar un tomo, en comparación con su obra oral; es decir fue un intelectual con un auditorio que lo escuchaba. Esto no sería tan fundamental en un hombre marginado del campo intelectual, sin ningún reconocimiento; sin embargo, el caso de Zuleta es significativo pues él sí fue y es un intelectual reconocido entre la intelectualidad colombiana por un buen sector de la intelectualidad joven, en formación, y por quienes están consagrados en la academia. Esto lleva a preguntar sobre cuáles son las características del campo cultural e intelectual colombiano; pregunta que no puede ser respondida cabalmente si no resolvemos antes el cómo se conforman y configuran en nuestro país, es decir: ¿Cuál es el proceso histórico, tomando como marco principalmente la segunda mitad del siglo XX, de conformación de lo que llamamos campo cultural e intelectual en la realidad social colombiana? ¿Qué mecanismos de legitimidad y de reconocimiento establece el campo intelectual colombiano durante la segunda mitad del siglo XX?

De esta manera, es posible acercarse a resolver por qué un intelectual como Zuleta gana una posición destacada en un sector del campo intelectual colombiano en la segunda mitad del siglo XX y es reconocido como uno de los grandes pensadores de Colombia. Para resolver estos interrogantes planteados en este aparte, no se pueden perder de vista los acumulados y potencialidades del mismo Estanislao Zuleta, que permitieron su articulación con sectores y demandas del campo intelectual colombiano; su obra, sus características personales, la concordancia con el clima de su tiempo, las tradiciones nacionales y regionales a las que respondía, entre otros factores que ayudan a entender las posibilidades de reconocimiento de un intelectual.

Bibliografía

- Bastidas Urresty, E. (1990). *Meditaciones*. Pasto: Ediciones Testimonio
- Benda, J. (1941). *La traición de los intelectuales*. Santiago de Chile: Ediciones Ercila.
- Bourdieu, P. (1984). *Sociología y Cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor.
- Camp, R. A. (1988). *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica
- Coser, L. (1980). *Hombres de Ideas; El punto de vista de un sociólogo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dirección Nacional de Planeación. (1999). *Estadísticas Históricas Dirección Nacional de Planeación*. En *Población e indicadores sociales*. Recuperado de <https://www.dnp.gov.co/EstudiosEconomicos/EstadísticasHistóricasdeColombia.aspx>
- Erasmus, Charles J. (1961). *Man Takes Control: Cultural Development and American Aid*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Espinosa Restrepo, O. (1993). El psicoanálisis en la vida y la muerte de Estanislao Zuleta. *Revista Universidad de Antioquia*, 62 (232), 100-109.
- Garcés Arellano, M. A. (15 de abril de 1990). Discurso de Amor y Muerte. *Lecturas Dominicales El Tiempo*.
- García Inda, A. (2001). Introducción. La razón del derecho: entre habitus y campo. En P. Bourdieu, *Poder, Derecho y Clases Sociales*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer, S.A.
- Giraldo Isaza, F. (1990a). Comentarios sobre Zuleta. En Grupo Interdisciplinario de Estudios (1990). *Estanislao Zuleta (1935-1990)* (pp. 11-23). Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia - Ediciones La Rana y el Águila.
- Giraldo Isaza, F. (1990b). Estanislao Zuleta: Un Pensador Solitario. En *Estanislao Zuleta (1935-1990)* (pp. 87-116). Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia - Ediciones La Rana y el Águila.
- Gramsci, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. México: Editorial Grijalbo.
- Grupo Interdisciplinario de Estudios. (1990). *Estanislao Zuleta (1935-1990)*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Ediciones La Rana y el Águila.
- Gutiérrez Girardot, R. (1985). Figuras imaginarias, Sobre la Idealización en la vida personal y colectiva. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 24 (13), 79-80.
- Helg, A. (2001). *La Educación en Colombia: 1918-1957*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Hernández, O. (ene de 2005). Entrevista realizada en Medellín por Boris Caballero. sp.
- Jacoby, R. (1987). *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe*. New York: Basic Books, Inc., Publishers.
- La muerte del Doctor Estanislao Zuleta ha sido muy lamentada. (28 de junio de 1935). *El Colombiano*, p. 3.
- Leal Buitrago, F. (1989). *Estado y política en Colombia*. Bogotá: Siglo Veintiuno Editores.
- Leal Buitrago, F. (1995). El Estado colombiano: ¿crisis de modernización o modernización incompleta? En J. O. Melo (Ed.), *Colombia hoy*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

- Montoya, R. (2007). Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación. *Revista Al Margen*, (23), 6-52.
- Moreno, D. (ene de 2005). Entrevista realizada en Rionegro-Antioquia por Jorge Vallejo y Boris Caballero. sp.
- Murad Rivera, R. (2003). *Estudio sobre la distribución espacial de la población en Colombia*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Ospina, W. (1990). El arte de la conversación. En Grupo Interdisciplinario de Estudios (1990). *Estanislao Zuleta (1935-1990)*, (pp. 77-85). Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Ediciones La Rana y el Águila.
- Ospina, W. (1996). La amistad y el saber: Estanislao Zuleta. *NÚMERO*, (11), 38-46.
- Parra Sandoval, R. y Carvajal, M. E. (1978). La universidad colombiana: de la filosofía a la tecnocracia estratificada. En *Situación actual de las universidades en América Latina*. Ponencia llevada a cabo congreso CLACSO-CEDE, Bogotá.
- Perry Zubieta, G. (1970). *Quien es quien en Colombia* (4° ed.). Bogotá: Oliverio Perry y C.I.A. Editores.
- Sánchez Gómez, G. (1999). Los intelectuales y la política. *Análisis Político*, (38), 33-37.
- Sánchez Lozano, C. (1996). Peligros de la oralidad filosófica. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 33 (42), 69-70.
- Silva Fuenzalida, I. (1968). Elementos estratégicos en la revolución de las expectativas crecientes en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 30 (2), 233-282.
- Urrego, M. Á. (2002). *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores S.A.
- Valencia, A. (1996). *En el principio era la ética. Ensayo de interpretación del pensamiento de Estanislao Zuleta*. Cali: Editorial Universidad del Valle.
- Valencia, A. (Ed.) (1997). *Conversaciones con Estanislao Zuleta*. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.
- Vallejo, J. (2006). *La rebelión de un burgués. Estanislao Zuleta, su vida*. Bogotá: Editorial Norma.

- Valverde, U. (1997). Estanislao Zuleta: Un grato encuentro con la inteligencia. En A. Valencia. *Conversaciones con Estanislao Zuleta* (pp. 103-110). Cali: Fundación Estanislao Zuleta.
- Zuleta Ferrer, E. (1930). La serena majestad de monseñor Carrasquilla. *Claridad*, (4), 123-124.
- Zuleta, J. (2000). Semblanza de Estanislao. *Número*, (26), 73-80.
- Zuleta, J. (23 de agosto de 2004). Entrevista realizada en Cali por Boris Caballero. s.p.